

COLECCIÓN
IRUPÉ

LA INFANCIA EN EL CUADRO (DE HONOR)



•
ISTVANSCH



VERA editorial cartonera

**LA INFANCIA
EN EL CUADRO
(DE HONOR)**



COLECCIÓN
IRUPÉ

**LA INFANCIA
EN EL CUADRO
(DE HONOR)**

•
ISTVANSCH



VERA editorial cartonera

—Vos tenías el juguete más impresionante de todos: el trencito eléctrico—. Me dijo los otros días el Jose Pivetta (así dicho, sí, *el Jose* sin tilde y con artículo, porque en los pueblos les decimos así a los Josés).

En realidad, el que decía que era mío era mi papá, pero era de él, y se armaba cuando él quería jugar. Eso sí, era momento de fiesta y era lindo en serio el trencito: las vías salían de la habitación y llegaban al living, y si venía algún amigo (como el Jose, o Gabriel Albertalli), entraba en el juego, conmigo y con mi papá, que perdía tiempo en engrasar el motorcito de la locomotora y había que quedarse mirando cómo hacía esa pavada cuando uno lo que quería era ju-gar-yaaaa.

Míos-míos en serio eran la estación de servicio y los autitos (no los Matchbox, esos también eran de mi papá y se sacaban cuando quería jugar él, ufa), pero los míos eran más que suficientes para llenar la estación, que tenía tres pisos (sí, ¡tres!) con rampas de subir y bajar, de doble mano, y cuando venían los chicos sacábamos todo a la vereda a la hora de la siesta, que había menos tránsito (bah, en realidad a ninguna hora en especial pasaban más de uno o dos autos en aquel San Jorge de principios de los setenta).

También era juego de vereda, pero caminando, el que hacíamos con la Silvi Camoletto en primer grado. Se trataba de arrancar desde la casa de ella o de la mía, anotando tooodas las direcciones de las casas en un cuadernito. Sí, así tal cual lo escuchan: Sarmiento 883

era mi casa, Sarmiento 899 (doblar la esquina y seguir), San Juan 1712, San Juan 1734, San Juan 1756... Había que reescribir cada vez el nombre de la calle, sí, aunque fuéramos siempre por la misma en línea recta hasta el final del pueblo. El juego era así y punto. La epifanía llegaba cuando una casa tenía nombre: Rivadavia 673 *Mi tesoro*. ¡Faaa, placeer total!

La pasábamos bomba, che...

Lo otro que poblaba mi infancia eran los libros, claro. De muy chiquito tenía unos pequeñísimos de Sigmar (émulos de los Bolsillitos del Centro Editor, pero yo tenía los de Sigmar), y me habían suscripto a la revista *Recreo*, que eran cuentos con maquetas gigantes para armar: el zoológico, la isla pirata, el tren, el circo, que después de armadas iban a parar a arriba del ropero y «mirá el polvo que juntan», decía mi mamá... ¿Para qué había que mirar el polvo?, nunca entendí: yo lo que miraba era la maqueta, tan linda.

Unas cuadras más allá vivía mi tía Nenucha (que en realidad era *hermana de la vida* de mi abuela, un concepto bastante confuso para mis cinco o seis años, que no llegaban a entender si *la Vida* era otra pariente, pero fuera como fuera, por ser tan querida era tía de pleno derecho), a ella iba para que me prestara la colección de clásicos infantiles con disco simple en la solapa de contratapa:

Este es un pequeño gran disco de Wolt Disney, y io soy la narradora de cuentos de Disneylandia. Hoy voy a comen-
zar a leerles el cuento de “La beeeia durmiente”. Ustedes
podrán dar vuelta la página cuando escuchen la campa-
nita. El hada de Peter Pan, sonar sus campanitas así...
tilililfnnnnn



Los escuchaba una y otra vez, en un modernísimo Winco portátil rojo que me habían regalado y que era portátil porque lo agarrabas de la manija, lo llevabas a cualquier lado, y con eso te transformabas en recontra moderno con pantalones pata de elefante como se veía en la publicidad de la *Antejito* (que justo era blanco y negro la publicidad, pero decía que el Winco era rojo, que si no, ¿cómo te enterabas que era rojo?, ¿eh?).

Esos recuerdos son de la casa de Sarmiento 883, como ya habrán anotado ¿no? (je, la Silvi Camoletto me entiende), después nos mudamos a la casa de Lisandro de la Torre, que era una avenida que se llamaba Boulevard Lisandro de la Torre, que como yo iba a la Alianza Francesa me encantaba estar en un *boulevard*, y no me importaba que no tuviera cantero ni arbolitos ni nada en el medio (en realidad fue bastante después que se me ocurrió plantearme por qué a una avenida la habrían ascendido a *boulevard* si era clarísimo que no era *boulevard*, la avenida... qué sé yo, misterio).

En la misma cuadra vivían mi abuela húngara Etush y mi abuelo rumano Ede, mis tíos y un tropel de vecinos con quienes en el calor de las horas de la siesta de los fines de febrero jugábamos al Carnaval. Con base en lo de mi tía Olga, los de la vereda de acá (grandes y chicos) nos las agarrábamos contra los de la vereda de allá (también grandes y chicos, obvio), y les juro que me acuerdo como si fuera ahora de mi tío Edmundo saltando al techo de los Ineichen para empaparlos a baldazos al Vivi, el papá de la Silvina, mientras la Lili, la Susana y la Carola Badariotti (que tenía la Academia de Danza en el living donde, corriendo los sillones, ensayábamos para la comparsa de la que fui portaestandarte a los seis añitos, les juro) se filtraban en el jardincito de mi tía

para dejarla hecha sopa. Pobre ella, que con la artrosis no podía levantar más que un baldecito de playa...

Badariotti padre miraba desde adentro y a él se lo respetaba, para que no se le oxide la pierna, supongo... Era el zapatero del barrio y era cojo, creer o reventar: zapatero a su solo zapato, diríamos. Con mi hermana íbamos a visitarlo porque era de lo más simpático que puedan imaginarse y porque con increíble naturalidad te mostraba ese ingenio fascinante que tenía puesto en un rincón mientras estuviera sentado: la pierna ortopédica (por eso digo que en Carnaval nada de mojarlo, era como un detalle humano ¿sentiende?)



Como en esa casa del boulevard no se había terminado de construir noséqué que mis padres querían construir adelante, había quedado como una escalerita de ladrillos que subía hasta el tapial. La escalaba y me sentaba a mirar a los hermanos Motto, mientras trabajaban en la fábrica de caños de escape que estaba justo enfrente (chupate esa mandarina ¡pro-gra-món!), y mientras tanto leía la colección Billiken: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Papaíto piernas largas*, *Azabache*, *La cabaña del Tío Tom*, todos. También los Nueva Dimensión (pura ciencia ficción), y mis best-sellers por excelencia: *Asterix*, *Lucky Luke* y *Mafalda*.

La mamá de los hermanos se llamaba Humilde. Humilde de Motto era, entonces, y de familia hacían caños de escape ¿esos son los misterios de la vida que trataría de entender yo, observador desde mi tronito en el tapial, me digo?

No sé...

En séptimo grado descubrí *Las mil y una noches*, que la Ale Costero tenía en edición completa y terminó regalándome antes de que me le aparezca en alfombra voladora con tal de que me la permita releer por enésima vez.

Para Poe esperaba la noche-noche (sin mil y una): nos encerrábamos a leerlo en voz alta con el Guille Funes y el Davo Dovo cuando mi papá se iba a las reuniones del comité del MID (mi mamá también iba, claro, y parecía convencida y todo, pero era él el que iba de cuerpo y alma, aunque nunca ganara ni un puesto de servidor suplente de café en el Consejo Deliberante, pero se postulaba y se postulaba y se postulaaaaba porque eso sí, de obcecado tenía diploma, medalla, beso y podio). Ellos partían a organizarse para unas elecciones de terror con el Eladio Ulla, y nosotros nos quedábamos a disfrutar de unos cuentos de terror con el Edgar Allan. Afuera estaba

oscurísimo, entonces dejábamos apenas una lucecita encendida y yo empezaba la lectura de «Berenice», «El barril del amontilado», «Las ruinas de la casa Usher», o cualquier otro. David y sobre todo Guille desorbitaban los ojos alucinados, el silencio se hacía cada vez más tenso y, de repente, rajando la concentración como un cuchillo y dando sentido a todo ¡un ruido se oía en el parque!

—¡ME ASUSTÉ, TARADO! ¡TE JURO QUE ME ASUSTÉ! —, estallábamos en la cumbre del placer de una lectura, a todas vistas, triunfadora.





Евгений
1981

La escuela era el otro mundo alucinante de mi infancia. Yo era el alumno 10 (eso significa que ni 8 ni 9, era 10, posta), a fin de cada trimestre, delante de toooodo el alumnado, el director José de San Martín Gorosito (esto leído ante cualquier forastero suscita un automático: «mestás cargando que se llamaba así, eso es invento tuyo», pero no, se llamaba así en serio, y uno miraba la estatua y lo miraba a él ¡y confirmaba eso de la inmortalidad de los héroes!), José de San Martín, entonces, entregaba los boletines del Cuadro de Honor, comenzando por los promedios siete y subiendo hacia los ochos y nueves, que empezaban a suscitar unos «Ooooooh» cada vez más admirativos a medida que las notas se hacían inalcanzables.

En la cima quedábamos siempre las tres hermanas Rébola y yo. Eran cuatro las hermanas, pero la menor entró en primero cuando yo ya había terminado quinto, lo aclaro porque no es que me esté olvidando de vos, Marita ¿sabés?, ¡si vivían enfrente de la casa de mi abuela Elda y con tu hermana Silvana jugábamos a bailar como Travolta en el *garage*, bajo tu mirada alucinada de cuatro o cinco años! Además la Puchi, la mamá de ellas, fue maestra mía adorada de sexto, ídola total la Puchi Rébola.

Bueno, la cosa es que nuestros promedios generales eran 9,63 «¡ooooh!...» 9,75 «¡joooooohh!!...» 9,82 «¡jjjoooooohhh!!!...» El disfrute era saber que toda la escuela esperaba el momento en donde se develaría quién estaba primero.

Como buen traga, mis cuadernos y carpetas estaban plagados de investigaciones especiales, con dibujos, recortes de revistas y fotocopias blanco y negro (no existían *las color* y cuando aparecieron eran caríiiiisimas... menos mal que ese invento llegó al pueblo hacia finales

de la secundaria, hubiera dilapidado el presupuesto familiar en ello, juro). Cuando empezaba el año me presentaba a la maestra diciéndole con autoridad que las clases de arte me las encargara a mí, que me avise una semana antes y se des-preo-cu-pe. Llegado el momento me presentaba cargando la pila de libros de la enciclopedia *Los Grandes Pintores*, feliz sabiendo que querían llamar al Ministerio para inventar la nota 11 para ese energúmeno que hablaba de Miguel Ángel como manirista cuando era suficiente con meterlo en el paraguas barato del Renacimiento.





¡Ojo, era traga pero no malo, eeeh!, pasaba papelitos en las pruebas, preparaba a los compañeros que se llevaban materias... quiero decir, era aparato mal, pero querido, o sea.

Por ejemplo, como detestaba el fútbol, me quedaba al borde de la cancha dibujando a mis compañeros mientras jugaban, de repente detenían el partido y se venían a ver en los dibujos. Muchos años después caí en la cuenta de lo excepcional e inclusivo que era eso. Eran geniales los chicos, seguimos conectados toda la vida, lo que sí, ahora por el grupo de WhatsApp me entero de anécdotas como de cómo le cortaban los flecos de la bufanda a tal o cual profe cuando pasaba entre los bancos y me pregunto dónde carajo estaba que me perdía esa parte...

—¡En el primer banco, nabo! —me contestan.

Claro...

En la adolescencia tuve mi primer gran héroe: Van Gogh, y pensaba que San Jorge y el campo santafesino eran Arles y allá iba, caballete, pinceles y óleos cargados en la bici amarilla, a pintar girasoles. Volvía al atardecer y ultimaba detalles encerrado en mi habitación (lo de encerrarme fue hasta el día en que me desperté vomitando hasta el Impresionismo en medio de la noche, y era por estar meta respirar el vaho compacto de los óleos en el dormitorio hermético. Desde ese episodio nada de cerrar la puerta, no no no ¡un julepe me pegué entre arcada y arcada al verme Azul Siena en el espejo!).



Hablando de eventos de retrete (también me hacía mucho autorretrato, pero lo del Azul Siena en el espejo es un *autorretrate* de acá a la China), desde muy chico, el mejor lugar para leer era el baño.

Conteniendo, corría por la casa haciendo una selección de todo lo que me llevaría para el momento, armaba una pila que usualmente rondaba los 40 centímetros y me apoltronaba hasta que alguien me sacaba del ensimismamiento con urgencias reales. Gisela, mi hermana, cuando hizo el viaje de estudios de séptimo grado, me trajo un adhesivo de regalo que decía «El baño no es biblioteca», y lo pegó en la parte de adentro de la tapa del inodoro, para que al levantarla me acuerde de que los otros habitantes de la casa también tenían necesidad de trono de vez en cuando, caramba...

Todavía está (de buena calidad eran ese adhesivo y esa tapa de inodoro... y esas lecturas también).

Hace treinta años que vivo en Buenos Aires, pero vuelvo a San Jorge varias veces al año, hago exposiciones, doy charlas, vuelvo a mi querida Escuela Nacional, en donde ahora leen mis libros. Allí además viven mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos... ¿vuelvo?, dije, ¡naaaaa!, nunca me fui...

POSTFACIO

Este relato (¿o cuento?, ¿o crónica?) fue escrito a pedido de FILBA (Festival Internacional de Literatura Infantil de Buenos Aires) para la mesa redonda El pueblo de mi infancia (General Villegas, agosto 2017), en donde una buena diversidad de autores y autoras de provincia nos autorretratamos, en aquellos antaños de vereda y calle.

Cuando me lo pidieron pensé expresamente que sería ideal para, extendiéndolo, leerlo ese mismo año en el momento de la entrega de la declaración de Ciudadano Ilustre, en mi pueblo de la infancia, San Jorge (un honor que nunca dejaré de emocionarme).

Hoy, en que a través de esta edición se hace cuerpo en tus manos, ese camino termina de tener sentido al encontrarse con tu propia infancia, que ojalá también sea (o haya sido), algo para poner en un cuadro.

ISTVANSCH, 2021



•

ISTVANSCH

(Istvan Schritter) nació en Madrid, en 1968. Vivió su infancia y su adolescencia en San Jorge (Santa Fe) y desde los 18 años está radicado en Buenos Aires. Artista visual, diseñador y escritor, con libros publicados en varios países. Ha sido candidato al premio Andersen 2002 y 2004 y al premio Astrid Lindgren 2016, 2017 y 2018. Recibió el Primer Premio Octogonal de Honor (CIEL), Francia) y la Lista de Honor de IBBY 2016. Sus reflexiones están reunidas en el libro *La otra lectura. Las ilustraciones en los libros para niños*.

[FOTOGRAFÍA: URI GORDON]

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- 1 *Silla, 1984*
Estudios de objetos comunes, como esta silla, hacía de a montones por aquellos años.
- 5 *Elda, 1985*
Mi abuela, en un dibujo hecho a los 17 años.
- 7 *Carnaval, 1976*
Bailarinas del corso en el Carnaval sanjorgense, en un dibujo de cuando tenía 7 años. Los espaldares son pétalos de flor pensamiento.
- 9 *Guille, 1984*
- 10 *David, 1984*
Retratos de mis amigos, cuando tendríamos 15 o 16 años.
- 12 *Miguel Ángel: profeta Ezequiel, 1984*
- 13 *Miguel Ángel: tumbas mediceas, 1984*
Estudios a lápiz hechos a los 16 años, del profeta Ezequiel (de la Capilla Sixtina), y de «La Aurora» y «El Crepúsculo», dos esculturas de la Sacristía Nueva de San Lorenzo, en Florencia (Italia), donde están las tumbas de Juliano y Lorenzo Médicis.
- 14 *Girasoles, 1985*
Óleo muy inspirado por Van Gogh, con flores recogidas en alguna bicicleteada al campo, a los 17 años.
- 19 *Autorretrato, 1985*
A los 17 años. Me autorretrataba con mucha frecuencia en la adolescencia, y hacía muchos estudios de manos y pies.



COLECCIÓN IRUPÉ

dirigida por Norma Patricia Torres

Como el irupé en nuestros ríos, los textos de esta colección que vuelven sobre los diferentes tiempos y espacios de las infancias, se desplazan, circulan.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico-Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener y Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Istvan Schritter

La infancia en el cuadro : de honor / Istvan Schritter ; ilustrado por Istvansch. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2022.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera / Analía Gerbaudo ; Irupé)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-319-4

1. Lectura. 2. Memorias. 3. Infancia. I. Istvansch, ilus. II. Título.

CDD 860.9982

© Istvan Schritter, 2022.

© de la editorial: Vera cartonera, 2022.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional